

alma que se necesita para ciertos cargos y situaciones críticas.

Diéronsele á Ovando treinta naves, las mejor equipadas y surtidas que se habian enviado á los mares de Occidente, conduciendo á bordo dos mil y quinientos hombres, muchos de ellos pertenecientes á las familias mas distinguidas del reino. Llevaba orden para que en cuanto llegase enviára á España á Bobadilla para juzgarle, y encargo de indemnizar á Colon y á su hermano de los bienes de que hubiesen sido despojados por Bobadilla, y de asegurarles la posesion y libre goce de sus legítimos derechos y rentas ⁽¹⁾. Isabel declaró libres á los indios, y ordenó al nuevo gobernador y á todas las autoridades de la Española que los respetáran como á buenos y leales vasallos de la corona. La escuadrilla, sin embargo, tardó, no sabemos por qué causas, en estar dispuesta, y Ovando no se embarcó hasta el 15 de febrero de 1502 en Sanlúcar. En la primera semana de navegacion sufrió una horrible borrasca que hizo temer que todas las naves hubiesen perecido, mas luego se supo con indecible satisfaccion que la flota habia llegado á su destino con la pérdida de un solo buque ⁽²⁾.

(1) Real Cédula de 27 de setiembre, 1501, en Granada. Archivo de Indias en Sevilla. Navarrete, tom. II. p. 275.

(2) Herrera, Indias Occidentales, lib. IV.—Sentimos que nos falte tan pronto la luminosa guia de la obra del ilustrado y labo-

rioso don Juan Bautista Muñoz, que solo alcanza hasta la comision de Bobadilla; y deseamos que haya quien dé forma histórica á los inmensos materiales que dejó reunidos este distinguido historiador de Indias.

Todavía el veterano navegante, á pesar de su edad y de sus padecimientos, de sus persecuciones y disgustos, si bien tuvo momentos de desánimo, no quiso renunciar ni á los servicios que aun podia prestar á los reyes de España, y señaladamente á su constante protectora la reina Isabel, ni á su gloriosa carrera de descubrimientos, ni á su afan de mas de treinta años de llegar á las Indias sin doblar el Africa, y navegando derecho á Oriente, su constante problema, aun instistia en otro de sus sueños dorados, el rescate del santo Sepulcro de Jerusalem ⁽⁴⁾.

El español Rodrigo de Bastidas, que habia partido de Sevilla con dos buques, habia doblado el cabo Vela y llegado á la ensenada, donde se fundó des-

(4) Era en efecto uno de los proyectos que halagaban la imaginacion fogosa de Colon y su ardiente fé el rescate del Santo Sepulcro, á cuya empresa se creia obligado á incitar á sus soberanos, y á cuyo objeto pretendia que se dedicáran las ganancias y el fruto de sus descubrimientos, levantando y destinando á él un ejército de cincuenta mil soldados de á pie y cinco mil caballos. Para convencerse á sí mismo y convencer á sus monarcas de que debia formarse una cruzada que librára á Jerusalem del poder y dominio de los infieles, buscaba en la Sagrada Escritura y en los libros de los Santos Padres textos y revelaciones que pudieran interpretarse como anuncios del descubrimiento del Nuevo Mundo, de la conversion de los gentiles y del rescate del Santo Se-

pulcro, tres grandes acontecimientos que suponía estaban predestinados á sucederse; y arreglando ordenando estos pasages, y enriqueciéndolos con poesias, formó un tomo manuscrito que entregó á los reyes, y les dirigió una larga carta á este intento llena de fervor religioso. Este proyecto, que manifiesta la fé y la parte visionaria que á un tiempo habia en el carácter de Colon, parece en estos tiempos mas estravagante de lo que entonces era, atendido el devoto entusiasmo de la edad en que vivia y de la córte á que escitaba y se proponia interesar. La prueba es, que este mismo designio ocupó algo mas adelante la imaginacion del cardenal Cisneros, á quien ciertamente no se podia tachar de visionario.

pues el puerto de Nombre de Dios en el golfo de Darien. El portugués Vasco de Gama acababa de descubrir el camino de las Indias por el cabo de Buena Esperanza. Una doble rivalidad acabó de estimular á Colon, y ofrecióse con un ardor juvenil á emprender otro viage para comprobar la verdad de sus cálculos y conjeturas, á costa de arrostrar nuevas fatigas y peligros. Los reyes le dieron gusto, y le escribieron una afectuosísima carta, asegurándole el cumplimiento de sus promesas, y que perpetuarían en su familia por juro de heredad todos sus honores (1). Mas con estrañeza se vió que para esta expedicion no le suministráran sino cuatro carabelas con ciento cincuenta hombres de mar, miserable armamento, comparado con la magnífica escuadra que acababa de llevar Ovando (2). Pero acostumbrado el navegante genovés á desafiar los mares y los peligros y á acometer grandes empresas con escasos recursos, no vaciló en aceptar la pequeña flota, y emprendió su cuarta es-

(1) Herrera, Indias Occidentales, lib. V. c. 4.—Fernando Colon, Hist. del Almirante, cap. 87.

(2) El señor Prescott, al paso que hace al gobierno español un cargo que parece justo por los mezquinos medios que en esta ocasion proporcionó al almirante, le vindica con buenas razones de otra acusacion que muchos han querido hacer á los reyes y al gobierno de España, á saber, de no haber repuesto pronto á Colon en el gobierno y vireinato de

la Colonia, Demuestra Prescott, que no hubiera sido esto prudente, y para ello esfuerza con buena lógica algunas de las razones que nosotros hemos apuntado, y añade otras fundadas en el carácter personal del ilustre marino y en sus ideas erradas de gobierno, que no le hacian propósito para volver á ejercer el mando en aquellas circunstancias. Hist. del reinado de los Reyes Católicos, part. II. c. 8.

pedicion, dándose á la vela en el puerto de Cádiz (9 de mayo, 1502).

La necesidad de tomar agua y reparar algunas averías de sus buques obligó á Colon á tocar en la Española (4). Este hombre insigne era bien desgraciado. ¿Quién lo creería? El gobernador Ovando se negó bruscamente á dar abrigo por un momento al mismo hombre sin el cual ni habria isla para los españoles ni gobierno para él. La providencia pareció encargarse de castigar visiblemente aquella ingratitud. Colon habia observado en el horizonte señales de que iba á sobrevenir una horrorosa borrasca, y en su carta á Ovando le aconsejaba que suspendiera la partida de una flota que estaba para levar anclas, y era la que habia de traer á España á Bobadilla y á los revoltosos de la Española con los tesoros mal adquiridos. El nuevo gobernador despreció el aviso, salió la flota compuesta de diez y ocho buques, levantóse un furioso huracan

(4) «Pidió permiso, dice Washington Irving, para tocar en la Española en su viage de ida con el objeto de tomar provisiones, pero los soberanos le prohibieron hacerlo.»

«El almirante, dice Prescott, habia recibido instrucciones para no tocar en la Española en este viage. *The admiral had received instructions not to touch at Hispaniola on his onward voyage.*» «El almirante habia resuelto, dice Lamartine, tocar al paso en la Española para reparar sus buques. La corte le habia autorizado

para ello. *Il avait resolu de toucher en passant á Hispaniola pour se rodouber. Il avait cete autorization de la cour.*»

Unos y otros se equivocan diciendo cosas contrarias. En la instruccion que los reyes dieron al almirante le dijeron solamente: «*Habéis de ir vuestro viage derecho, si el tiempo no os feciere contrario, á descubrir las Islas é Tierra Firme, etc.*»—No se decia mas en las instrucciones.—Navarrete, Coleccion, tom. I. cuarto y último viage de Colon, pág. 279.

como Colon habia previsto, catorce ó quince naves fueron tragadas por las embravecidas olas, sepultáronse en ellas las que traian á Bobadilla y á los enemigos de Colon, perecieron multitud de españoles, perdiéronse doscientos mil castellanos de oro, y solo llegó á España sano y salvo el buque en que venia la parte perteneciente al almirante, que consistia en cuatro mil onzas de oro ⁽⁴⁾. Colon casi presenció el desastre desde la rada en que se habia abrigado, y pasada la tormenta dió las velas al viento y se alejó de aquella tierra inhospitalaria.

Este cuarto y último viage del marino genovés fué una cadena de trabajos y de esperanzas frustradas. Despues de descubrir la Guayana y atravesar el golfo de Honduras, cuyos habitantes le indicaron que llevaban de Occidente el oro de sus adornos, en lugar de tomar aquel rumbo que le hubiera llevado al imperio mejicano, giró al Sur, siempre con el pensamiento de descubrir una comunicacion con el mar de las Indias. Arribó al golfo de Darien; con mucho trabajo exploró la costa del continente meridional, é hizo muchos viages al interior, mas sin poder hallar el estrecho que buscaba, y aun sin llegar á reconocer cuán poco ancho es el istmo que separa al golfo de Méjico del gran mar del Sur. «En este reconocimiento, dice un escritor ilustrado, adquirió únicamente la triste

(4) Fernaudo Colon, Hist. del Almirante, cap. 87.—Herrera, Indias Occidentales, lib. V. c. 2. —Mártir, De Rebus Oceanicis, dec. lib. I. 10.

prueba de que el paso que habia imaginado no existia, y no tuvo el consuelo de poder decir que si se habia frustrado su esperanza es porque la misma naturaleza se ha engañado en sus esfuerzos, puesto que parece haber intentado abrir uno, y no ha podido conseguirlo.» Finalmente, frustrado su intento de establecer una colonia en la provincia de Veragua, por haberle espulsado de ella sus feroces naturales, y despues de haber perdido sus cuatro buques en las costas de la Jamáica queriendo volver á Europa, llegó como un pobre náufrago á aquella isla (1503), donde le detuvo mas de un año el gobernador Ovando. Pudo al fin fletar un mediano buque á sus espensas, y despues de haber sufrido terribles borrascas y privaciones, y vistose juguete de las olas en las inmensidades de aquel Océano que parecia habia llegado á dominar, arribó por último en el mas deplorable estado á su apetecida España (7 de noviembre, 1504), dando fondo en el puerto de Sanlucar ⁽¹⁾.

Alli le dejaremos por ahora, para dar cuenta mas

(1) Hállanse en Navarrete, Coleccion de Viages, tom. I. los siguientes documentos relativos al cuarto y último viage de Cristóbal Colon: «Relacion del viage é de la tierra agora nuevamente descubierta por el Almirante don Cristóbal Colon: Por Diego de Porres.—Carta que escribió don Cristóbal Colon, Virey y Almirante de las Indias, á los cristianisimos y muy poderosos Rey y Reina de España, nuestros Señores, en que los notifica cuanto le ha acontecido en su viage; y las tierras, provincias, ciudades, rios y otras cosas maravillosas y donde hay minas de oro en mucha cantidad, y otras cosas de gran riqueza y va'or: fecha en Jamaica, á 7 de julio de 1503.—Relacion hecha por Diego Mendez de algunos acontecimientos del último viage del Almirante don Cristóbal Colon.»—Cartas de don Cristóbal Colon á varias personas.

adelante de la suerte que por término de su carrera le estaba reservada, y del fin que tuvo este hombre extraordinario, con quien tan caprichosa se había mostrado la fortuna.

Diremos ahora, por conclusion de este capítulo, que el ejemplo de Colon y sus resultados escitaron tal afición á las expediciones marítimas y tal afán por los descubrimientos, que al espirar el siglo XV. y en los primeros años del XVI., contábase ya varios navegantes, así de España como de otros reinos, que se habían lanzado á los mares de Occidente en busca de nuevas regiones, si bien llevando los mas de ellos el derrotero que les había enseñado el sábio genovés. Contribuyó á dar éste impulso en España la facultad que en 1495 (10 de abril) otorgaron los Reyes Católicos para que cualquiera pudiese ir libremente, ya á buscar fortuna en los países descubiertos, ya á descubrir otros nuevos, bajo ciertas condiciones. Y aunque en los primeros años el descrédito en que las expediciones habían en aquella sazón caído, retrajo á los mercaderes y aventureros, animáronse algún tiempo después. Rompió la marcha el intrépido Alonso de Ojeda, que había acompañado á Colon en su primer viage, y aunque no se desvió del rumbo que había visto llevar al almirante, llegó á Tierra Firme, y costeano hasta el golfo de Paria y continuando su viage hácia el Oeste, arribó hasta el cabo Vela, mas lejos todavía que Colon. Los hermanos Pinzones, compañeros tam-

bien del almirante, partieron de Palos en cuatro carabelas, y fueron los primeros europeos que atravesaron la línea en el Océano Occidental: estos atrevidos marinos, sin guía y sin conocimiento del hemisferio en que habían penetrado, llegaron en 1500 á la estremidad oriental del Brasil, y prosiguiendo desde allí á Occidente exploraron hasta el rio de las Amazonas. Otro marinero, también de Palos, nombrado Diego Lepe, dobló el cabo de San Agustín, y reconoció que la costa se prolongaba mucho mas allá hácia Sur-Oeste. Y ya hemos mencionado antes la expedición de Rodrigo de Bastidas ⁽¹⁾.

También á los extranjeros había alcanzado este furor por los descubrimientos que Colon había impreso á los espíritus de su siglo. Los hermanos Juan y Sebastian Cabot, venecianos establecidos en Bristol, salieron en 1497 de este puerto de Inglaterra en una pequeña flota costeada por el rey Enrique VII. en busca de tierras desconocidas. Sebastian, que quedó mandando la escuadrilla, tal vez por muerte de su hermano, adoptando las ideas de Colon buscó la estremidad del Asia esperando hallar para las Indias un paso que no existe. Pero bajando hácia Sur-Oeste descubrió la Tierra Nueva (*Newfoundland*), visitó la costa occidental de la América del Norte, y variando de rumbo dió la vuelta al cabo de la Florida, desde cuyo punto por falta de provisiones tuvo que regresar á

(1) Navarrete, Colección de Viages, tom. I.

Bristol. Este es el hombre que los ingleses en sus aspiraciones á ser los primeros del mundo en todos los ramos de la marina, han pretendido presentar como rival de Colon, diciendo con énfasis: «Cabot fué para Inglaterra lo que Colon para España: éste descubrió á los españoles las Islas, aquel descubrió á los ingleses el continente de América.» Esfuerzos de rivalidad, que no han podido arrancar á Cristóbal Colon la gloria de haber sido el primer descubridor del Nuevo Mundo.

Ya hemos indicado el viage del portugués Vasco de Gama en 1498, y cómo dobló el cabo de Buena Esperanza y abrió por mar un tránsito á las Indias. Otro portugués, Pedro Alvarez Cabral, enviado por el rey don Manuel en 1508 con trece buques á las Indias Orientales, se vió arrojado por una tempestad á unas costas hasta entonces desconocidas, de que tomó posesion en nombre de su soberano. Esta tierra era el Brasil. Volviendo despues á tomar su primitiva ruta, llegó á las grandes Islas, término de su viage, y fué el primero que entabló con los indígenas las relaciones comerciales que tan útiles fueron despues á Portugal; en 1504 regresó á Lisboa con un rico cargamento de producciones de aquellos paises.

Pero entre todos merece especial mencion el que tuvo la inesperada fortuna de dar para siempre su nombre á un mundo que él no habia descubierto, privando á Cristóbal Colon, y aun pudiéramos decir usur-

pándole ó robándole una gloria á que él solo tenia derecho. Ya se entenderá que hablamos de Américo Vespucci, ó Vespucio. Este mercader florentino, que hizo su primer viage como aventurero con el español Alonso de Ojeda en 1499, era ciertamente un buen geógrafo y un buen marino, y como tal tomó tal ascendiente sobre sus compañeros, que el mismo Ojeda concluyó por someterse á sus órdenes. A su regreso á Europa, á petición de uno de los príncipes de la familia de los Médicis, escribió una traduccion de sus aventuras, y de supuestos viages y descubrimientos, muy propia por cierta elegancia de estilo y por lo maravilloso del relato para escitar las imaginaciones exaltadas, y aun para sorprender la buena fé de algunos cosmógrafos en aquella época de grandes errores geográficos. Esta relacion fué impresa y reimpressa con títulos pomposos en Alemania, en Italia y en Francia, con lo cual iba creciendo prodigiosamente la fama del navegante florentino. A poco tiempo un autor aleman publicó un libro sobre las navegaciones de *Américo Vespuccio*, en el cual por primera vez se proponia dar al Nuevo Mundo el nombre de *América* (1). El nombre hizo fortuna, la moda le adoptó, y el tiempo le fué sancionando. En vano los españoles Las Casas, Herrera y otros célebres historiadores de Indias re-

(1) La obra se publicó en 1507 *introducio insuper quatur Americi navigationes.* (despues de la muerte de Colon), con el título de: *Cosmographie*

clamaron contra la usurpacion y contra el impostor; era ya tarde para remediar el mal y castigar la impostura; la costumbre y la rutina habian triunfado. Sensible es; pero si al Nuevo Mundo le quedó para siempre el mentido nombre de América, el Mundo Nuevo y el Mundo Antiguo reconocerán perpétuamente en Cristóbal Colon el mérito indisputable de haberle imaginado ó de haberle descubierto ⁽¹⁾.

(1) Para que se vea en cuán diferente predicamento se tenia en España á Vespucio y á Colon, basta decir que despues de diez y seis años de descubierto el Nuevo Mundo por el *Almirante Colon*, se nombraba solamente á *Américo Vespucio piloto mayor*.—Real título espedido por el rey don Fernando en Valladolid á 16 de agosto de 1508. Archivo de

Simancas; y Navarrete, Coleccion, tom. III. pág. 299.

Washington Irving en el apéndice 9 á la vida de Colon ha tratado este punto con mucha lucidez é imparcialidad; pero todas las dudas desaparecen á presencia de los documentos y cartas originales insertos en el citado tomo de la Coleccion de Viages de don Martin Fernandez de Navarrete.

CAPITULO XVI.

GUERRAS DE ITALIA.

PARTICION DE NAPOLES.

De 1498 á 1502.

Designios de Luis XII. de Francia sobre Milan y Nápoles.—Confedérase con el papa y con la república de Venecia.—Se apodera del Milanesado.—Crítica situacion de don Fadrique de Nápoles.—Pide auxilio al Gran Turco.—Conducta de don Fernando el Católico.—Propone al rey de Francia partir entre sí el reino de Nápoles.—Armada española en Sicilia.—El Gran Capitan recobra á Cefalonia de los turcos.—Tratado de particion de Nápoles entre Francia y España.—Apruébale el papa y les da la investidura.—Desmanes de los franceses en Italia.—Rivalizan en generosidad Gonzalo de Córdoba y don Fadrique de Nápoles.—Desgraciada suerte de este principe.—Gonzalo de Córdoba sitia á Tarento.—Trabajos de la trópa en el cerco.—Insurreccion militar.—Peligro y serenidad de Gonzalo.—Sosiega el motin.—Rendicion de Tarento.—Compromiso del Gran Capitan con el duque de Calabria.—Falta á la capitulacion.—El duque es traído prisionero á España.

El lector recordará que en el primer movimiento de insurreccion de los moros de las Alpujarras el Gran Capitan Gonzalo de Córdoba fué de los que acudieron presurosos á sofocarla, y el primero que asaltó y rindió la villa y castillo de Guejar. Desde entonces, aunque se reprodujeron las sublevaciones en las ásperas montañas del reino granadino, el Gran Capitan no vol-